

# LA CORPOREIDAD FEMENINA, CONTEMPLADA DESDE LA BÚSQUEDA Y CONTEMPLACIÓN DE LA BELLEZA DIVINA: MI MIRADA SOBRA LA OBRA DE ISABEL GUERRA

*Lucía Nox*

Como una chiquilla ante un baúl lleno de cosas sorprendentes, me he sumergido, a brazada limpia, en las obras de Isabel Guerra<sup>1</sup>. El primer encuentro con ellas fue a través de una simple estampa en la que creí reconocer la figura de María de Nazaret en el momento de la *Encarnación*; después vinieron las páginas de Internet y las fui adsorbiendo una a una, con ansia, sorprendida y, en gran parte, inquieta... ¿Qué mujer había detrás de esos rostros serenos, de esos vestidos de una época pasada, de esos cestos llenos de ropa, o de esas ventanas cerradas, o abiertas, para el caso es lo mismo, porque lo que entra es siempre una luminosidad que no admite rivalidades? ¿Qué tipo de mujer hay, me preguntaba, detrás de esas poses con pantalón vaquero, libro en el regazo y miradas suavemente desafiantes y límpidas...? Y no me refiero a la *mujer* artista, sino a las mujeres que representa en sus lienzos. Eran ellas, sus gestos, la luz y la sombra que estalla en torno y dentro de cada una de ellas, lo que me dejaba sin resuello: los objetos que las rodean, las mesas y los utensilios caseros, esos vasos traslúcidos, esas jarras o esos pipotes que refrescan con solo mirarlos; esos suelos que revelan el afán de manos trabajadoras y de mentes empeñadas y despiertas a todos los aconteceres de la vida... Las mujeres de Isabel, sorprendidas o simplemente empoderadas de esa *casa* íntima, sagrada, de ese paisaje etéreo y abierto, lleno de flores tímidas y de hojas encobrecidas, son mujeres que, sin dominar, dominan, sin mirar, lo abarcan todo, y se convierten, de criadas, en señoras. Ellas y los paisajes insinuantes, invitadores, soñolientos a veces, me robaban algo más que la mirada. Todo –ellas y sus entornos–, prisionero de una melancolía que pretende ser sobria y se deshace en sonrisas cómplices de austeridad engalanada, se convertía ante mis ojos en un mundo de color y de fuerza a punto de hacer eclosión en mi propia realidad interior, de mujer prisionera de muchas soledades, enriquecida con muchas presencias. Presencias descubiertas a través del lenguaje de Isabel Guerra y otras que, como ella, reconstruyen la realidad y ponen al descubierto cosas que parecen insignificantes y son muy significativas. En los cuadros de Isabel, por ejemplo, queda patente una elegancia sensual, impropia, quizá, de la pobreza y de la austeridad marcada en cada encuadre, en cada detalle revelado, pero presente en cada cuerpo de la mujer que pretende, o tal vez no, ocultar tras el color, las sombras y la luz.

Deslumbrada como estaba, quise saber de Isabel. Y quise saberlo ahora que me encuentro en un “claustro” especial que no me permite ir más allá de mi entorno, paradisiaco también, recoleto y orgulloso, lleno de paz y sugerente de aventuras ya vividas por mujeres como yo, mujeres casi arcaicas y, por lo mismo, alcanzables solo en sueños... Me lancé, como pude y hasta donde llega mi sapiencia técnica en el mundo de Internet, a rebuscar esos tesoros llamados “lienzos” de “la monja pintora”; a sacarlos con mimo y ansiedad del *baúl* en los que mi admiración los había situado, y a colocarlos a mi vera, ante mis ojos, cuidadosamente dispuestos a fin de poder

---

<sup>1</sup> Isabel Guerra nació en Madrid en 1947 y, desde los 23 años que ingresó en el convento cisterciense del Monasterio de Santa Lucía de Zaragoza, vive en esa ciudad. Ha sido nombrada Académica de Honor de la Real Academia de Bellas Artes de San Luis y Académica Correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. Comenzó a pintar a los 12 años emborronando cuartillas hasta que la regalaron una caja de óleos. A partir de ese momento comenzó su carrera como pintora: buscadora de Dios y plasmadora de su belleza, sobre todo a partir de las figuras femeninas que inundan su universo artístico.

saborear con la mirada uno a uno y, uno a uno, ir desnudándolos o cubriéndolos de recuerdos experimentados, sufridos, según reaccionaba mi espíritu. Solo logré perderme en un mundo lleno insinuaciones y de recados dichos a medias, como si las escenas se correspondieran con otras de mi propia vida, al tiempo que sabía que no me pertenecían. Porque las mujeres somos así de iguales y así de distintas, en todos los tiempos y en todas las épocas. Las mujeres de Isabel son las mujeres de mi propia vida, y soy yo misma. Yo, envuelta por la mirada de aquellas que me enseñaron a leer junto al vano de una puerta o a la luz del fuego de la chimenea; aquellas que me enseñaron a rezar hincando las rodillas en las baldosas de ladrillo desgastado, junto a un colchón relleno de hojas de panocha; a restregar la ropa en una piedra sumergida en el río y celosamente reservada ante posibles competidoras; a remendar calzones, faldas y calcetines y todo lo que hiciera falta que durase eternamente, aunque fuera algo perecedero; a recoger el agua fresca de la fuente en los cántaros y a presumir delante de los zagales recién llegados de las eras, cubiertos de olor a tierra y al estiércol de sus mulas... Las mujeres de la “monja pintora” son tan irreales como los recuerdos y tan irremplazables como ellos.

De Isabel, a través de esa ventana universal que hoy une los rincones más remotos, he conocido lo suficiente como para saber que pertenece a una generación muy cercana a la mía. La generación bendita y fuerte de las reivindicaciones más o menos consentidas, más o menos consolidadas; una generación que admira la lucha de las mujeres que nos precedieron, pero también repudian la fuerza que ejercieron sobre nosotras, unas veces asfixiante, otras, liberadora... Omnipresente, siempre. Una generación que se mueve ante las generaciones más jóvenes entre la decepción, o la profunda decepción, el orgullo y el temor. Una generación que se siente traicionada, cuando no abiertamente envidiosa de los logros de las que nos siguen sin seguirnos. Y, también, una generación sorprendida por la libertad que ellas esgrimen sin haber tenido que mover, en muchos casos, apenas unos pocos músculos de su cuerpo y de su inteligencia. Para quedarse donde están, donde las dejamos..., o perderse en un horizonte lejano, inconcebible, inalcanzable para nosotras.

### *¿Qué paradigma de mujer ha seducido a la artista y a la mujer, Isabel Guerra?*

Yo diría que esta artista del hiperrealismo de la identidad femenina ha quedado subyugada tanto por las mujeres envueltas en el halo del silencio y la entrega hogareña del pasado, como por las jóvenes *hadas* de un presente sin más contornos que los de la libertad aburguesada o los sueños incumplidos todavía. Pero ni las primeras son víctimas de la pobreza o la miseria que envolvieron a nuestras recientes antepasadas, ni las segundas son cautivas de una vanidad ignorante y vacua. Todas se encuentran retratadas con la fuerza de una identidad que rompe las tinieblas más persistentes y estalla en una llamarada de luz cegadora y envolvente. *Tinieblas* y *luminosidad* van unidas irrenunciablemente. En esos óleos es imposible separar lo que hay de misterio en una mujer, entre lo que dista la sombra de la luz. Produce el mismo efecto, al menos a mí, intentar descifrar el mensaje que ofrece la opacidad de una silla o de una mesa de madera bien pulida, pero madera al fin, que mirar lo traslúcido del vaso de vidrio o de la jarra colocada sobre ella; es igual de inquietante y sereno el cosquilleo del agua que mana del caño a borbotones, que la brisa que se percibe y se siente, si te dejas envolver por ella, como una tenue caricia que llega de alguna manera, con el mayor sigilo posible. Sea como sea, queremos hacernos parte de la escena. El paradigma de mujer en esos lienzos costumbristas y contemplativos es tan distinguido y elegante, tan fuerte y sensible su personalidad, que bastaría con esos trazos para definir el señorío de las mujeres de generación en generación. Mujeres del pueblo, pero no pueblerinas. Mujeres digna de ser tenidas por señoras, porque lo son. Isabel Guerra nos habla de un señorío femenino difícil de olvidar y, tal vez, para alguien, odioso de recordar.

*¿Es el claustro el que sitúa a la artista, o la artista la que sitúa a las mujeres en el claustro de la feminidad agradecida?*

Agradecida, sí. Porque ese sentimiento rezuma el rostro, los gestos, las miradas, las vestimentas, la acción pasiva de cada una de las mujeres reveladas (no solo plasmadas) en los lienzos de Isabel. Cada una de las mujeres representadas (no me he detenido en otros protagonistas que no sean las figuras femeninas) es una revelación del carisma de la feminidad: desde las más recatadas hasta las algo más atrevidas. He leído que Isabel ha pretendido “pintar y amar a Dios” a través de las mujeres. Eso, sin la menor duda. Y, a mi entender, lo ha conseguido: las mujeres de Isabel Guerra, la que está situada ante una ventana por la que penetra a raudales la luz cadenciosa y silente, la que recoge el agua de la fuente con elegante parsimonia, las que se sitúan a ras del suelo, dejando por encima o a su nivel los utensilios más cotidianos, como si formaran parte de ellas, la que queda recostada en el árbol, igual que quien lo hace sobre un cuerpo vivo y entregado, apasionado en la ternura y respetuoso del don que recibe..., todas y cada una de esas mujeres están desbordadas de un sentimiento que, si no es amor, es algo que acaricia cada una de las sensaciones que provoca el amor. Da la impresión de que la ternura y el amor se quedan pequeños entre los contornos y el interior que acogen las diferentes escenas. Y estallan. No podía ser de otra manera. Isabel logra hacer realidad este estallido que es abrazo inmenso entre la indigente realidad que expresa y la Grandeza que sale a su encuentro, en la contemplación divina, imagino, que se le regala a través de cada página de la Escritura, una y otra vez recordada sutil o abiertamente.

Cada una de esas obras en las que las mujeres dicen la cotidianidad de su existencia, junto a lo que parece constituir su espacio vital, es una clara invitación a descubrir al Dios Amante y Amado: una Belleza que trasciende cualquier intento de *enmarcación*. Los lienzos de Isabel son oración. Es una oración desde el claustro, pero un claustro abierto a la vida que no tiene fronteras. Seguramente, porque lo que han dicho de la artista cuadra perfectamente con lo que la artista es, o quiere ser. La obra y la persona se identifican y complementan: *‘la Belleza, la Luz, la Bondad, la Verdad y la Hermosura, con mayúsculas, de donde emana toda belleza entre nosotros. Cada cuadro tiene su propia historia, su vida, y en cada uno pone todo su corazón’*. Isabel es un pequeño trozo de historia que narra en sus cuadros el corazón de otra historia que la trasciende y, a la vez, la embarga; una historia de las mujeres que aparentemente no cuentan nada y, sin embargo, engendran lo más vital de todo lo que se puede contar de la humanidad. Esos cuadros enuncian vida en abundancia, libre, iluminada. De ahí el gesto de gracia que se desliza, como un aroma, de la obra hacia quien la contempla. El claustro se convierte para esta mujer en el púlpito desde el que proclama la grandeza de la pequeñez. La mejor homilía, en el mayor y más vivo de los silencios. Quizá por eso tengo la impresión de que, por muy adecuadas que sean las salas de un gran museo, la obra de esta artista debería contemplarse en los claustros de los monasterios. O, mejor aún, en el claustro de la naturaleza viva: en las calles de los pueblos perdidos en la memoria que revive en sus obras, en los campos vívidos de color en cada época del año, entre los árboles mecidos por el viento, en la sencillez de una casa con cientos de años de historia...

*¿Hay un compromiso real con la feminidad en el arte de Isabel Guerra?*

A esto solo podría responder la misma artista; pero, sin duda, lo hay. Puede que su manera de reivindicar el lugar de las mujeres en la sociedad (y en la Iglesia, desde sí misma) sea a través de la debilidad y la añoranza, pero también de la fuerza y la ternura. El suyo es, a mi parecer, un grito silenciado por la belleza de la feminidad y la contemplación orante en la vida cotidiana. Sería una

incoherencia no demostrar esa doble sensibilidad: la femenina y la contemplativa, la que expresa la corporeidad de mujeres y la que proclama la grandeza de la Presencia divina en ellas. Lo cierto es que cada escena puede remitir a un anuncio que, por más que se diga como arte en primer término, se dice también como denuncia.

Ahí queda su testimonio: *“Mis lienzos buscan ser carta abierta a los hombres y mujeres de este tiempo, cuyas tumultuosas aguas forman imponente cascada que cae sobre el cauce estremecido del tercer milenio... ¡Ojalá pudieran ser carta dictada por el Sol que nace de lo alto! Una carta claramente iluminada por la Luz”*.

Yo me vuelvo a contemplar la Belleza a través de la belleza de unas mujeres radiantes, sin etiquetas. Porque esa sí es una diferencia notable: Isabel es mucho más *artista* y *orante* cuando pinta porque se lo dicta el corazón, que cuando responde a un “encargo”. Comprobadlo...